



¿Dormimos **juntos**?

Andrea Hoyos

Voy a empezar a escribir un relato erótico y lo voy a hacer a mi manera, que es inventar las cosas que me han pasado, inventarme la verdad. Lo hago, claro, para ganar dinero, porque la tipa de las “Cincuenta sombras de Grey” se ha forrado y yo en su libro no me reconozco, ni a mí ni a nadie, y tampoco encuentro piel ni literatura. No encuentro vida.

El caso es que he decidido hacerlo así, con la verdad y la autobiografía por delante, para que la gente que me tiene manía (que es mucha) se descargue el libro en masa, intentando descubrirme en alguna posición humillante. Chicos, aquí, al final del segundo párrafo, os lo aclaro para que no os esforcéis: seguro que sí.

Os cuento quien soy, para que no haya confusiones. Me llamo Andrea, tengo 37 años. Soy periodista y escritora. Nada de eso me da de comer. Vivo de la publicidad, de inventarme anuncios para productos que la gente antes no necesitaba y ahora ni siquiera compra. Hace un par de años escribí una novela y me fue bien. Bastante bien. O sea, regular. No he ganado suficiente dinero para pagar la hipoteca, pero sí se me ha visto lo justo para despertar envidias en el curro.

Tampoco me he convertido en una guay. No me reconocen demasiado por la calle, pero he tenido pretendientes y acosadores, y en la oficina hay gente que no me habla y que sé, fehacientemente, que desea verme en el suelo.

Ya voy, ya me caigo, tranquilos.

El hombre por el que escribo esto, o para el que escribo esto, o con el que escribo esto, está en todas esas categorías. Pretendiente y acosador, le gusta verme en el suelo. Me ha regalado este *MacAir* tan aparente para que escriba

y, sobre todo, para que pueda ir donde él me cite. Ahora os dejo, me llama el deber.

Esta historia empezó como una broma y siguió como algo muy serio. Borja es el presidente de una gran agencia de publicidad, la que sería “la” agencia de publicidad si no fuera porque ahora todas pertenecen al mismo gran grupo. GGP. Gran Grupo de la Publicidad. Grandes Grandísimos Pretenciosos. O algo parecido. Tres consonantes y dos de ellas repetidas.

A Borja lo conocí a los veinte años, veintidós, pero él nunca ha querido sumar y darse cuenta de los muchos que ya tengo. Lo que pasa es que Borja y yo no nos acostamos hasta hace relativamente poco. Muy poco. Casi nada.

Cuando nos conocimos, yo era becaria y él ya era presidente. Ahora que lo pienso, debe ser aburridísimo llevar casi dos décadas haciendo lo mismo, pero, claro, si lo pienso más, me doy cuenta de que a Borja lo que le gusta es el poder: hablar y hacer, conseguir para él y para otros, ser importante, ser influyente, ser querido... Y eso es como la droga: nunca tienes suficiente. O, mejor dicho, cuando tomas suficiente te mueres de sobredosis y de éxito.

El caso es que yo a Borja me lo encontré después de publicar la novela. Me llamó, emocionado.

—Sabía que ibas a llegar lejos, Andrea. Quedamos y me la dedicas.

Y una no es inmune a los halagos de quien tienen cuatro casas y seis coches más de los que yo tendré nunca.

Cuando Borja me llamó, mi jefa de la agencia ya había dejado de hablarme, porque hay mujeres que no quieren ser cuota y, sin embargo, saben que lo son, así que no quieren tener cerca (ni debajo, ni al lado) a otras tías que les puedan hacer sombra.

—A ver, Pilar, relájate, que yo soy directora creativa y tú eres directora general. No pasa nada. Tú a gestionar, yo a crear. Tú a ir vestida guay, yo a ir vestida como puedo. En serio, relax, que estoy vendiendo libros pero tu jefe, el consejero delegado, no me va a subir el sueldo ni me va a dar tu puesto. De hecho, lo que va a hacer es lo mismo que tú, sospechar que estoy escribiendo mis cosas en el curro y ponerme todas las cámaras del mundo cuando os puedo decir ya que no, que no lo hago, que no lo haré.

Da igual.

El caso es que tuve mis razones para agradecer sus halagos, quedar con él y firmarle la dedicatoria. Y él tuvo también sus razones para lo que hizo: reservar un reservado.

Me gustan las redundancias cuando proceden. Y proceden. Hay restaurantes en este Madrid vacío y en crisis que aún venden caros sus reservados, espacios pequeños e insonorizados, en los que oyes llegar al camarero para poder callarte a tiempo, o quedarte quiero, o vestirte, o...

Teníamos comida en la mesa, pero no cenamos mucho.

“Me encantas, me gustas desde siempre Andrea. Me gustas tanto como me gusto yo, que ya sabes que es mucho. Y me gusta tener razón: ya advertí hace años que tú tenías talento...”

—Sí, claro, me advertiste a mí. Me dijiste que iba a tener problemas, que tenía demasiada memoria.

—Y la tienes... Mira lo bien que te acuerdas.

—Claro, fue como una maldición gitana.

“No me estás dejando explicarme, Andrea. Eres la mujer más inteligente que conozco, y tienes tanta vida en los ojos... No quiero ponerme cursi con una escritora, tú usas las palabras mejor que yo, pero en tus ojos están todos los secretos del mundo, y están desde que eras una niña...”

“Te veo la cara, estás pensando, ‘ya está este viejales dorándome la píldora para acostarse conmigo’. En este momento te hago una promesa solemne, Andrea. No me voy a acostar contigo. Y no es por falta de ganas, todo lo contrario, es porque para mí es más importante que me creas: Andrea, quiero ayudarte. Han pasado todos esos años y te he visto desde lejos pelearte con el mundo. No te va como mereces, y yo te voy a ayudar”.

Y, así, sin más, Borja se puso a hablarme del fenómeno editorial del año, del porno para mamás, de las novelas malas con sexo regular, del *sadomaso* frente a la realidad, de lo que se permiten algunos y algunas leer en sus *iPads* y sus *e—readers*, de lo que funciona y de lo que no, del dinero y de la libertad.

“Quiero ser tu mecenas, Andrea. Pero no un mecenas a fondo perdido. Quiero invertir en ti. ¿Qué te parece pedir una excedencia y dedicar un mes a escribirme un relato erótico? Un relato que sea como si lo estuvieras viviendo de verdad, escribímelo a mí, y ya me ocupo yo de publicarlo luego, y de que venda diez millones de copias, o mil, y de que te retire y te dé libertad, de que puedas dejarlo todo y hacer lo que quieras, con quien quieras...”

Igual debería describir a Borja. En Madrid hay dos tipos de hombres llamados Borja, los vascos y los pijos. Éste es pijo y no es vasco. Lo cual significa que es alto, que se cuida, y que siempre parece recién salido de la ducha: huele siempre bien y apetece tocarle sólo para que te contagie su limpieza y su frescura. Borja, además, mira fijo. Se cree magnético, pero no lo es. O al menos a mí no me lo parecía. Claro que yo soy un poco especial: me cansan las poses, y esa pose de rico intelectual y *cultureta*..., esa pose de mecenas incomprendido...

Uf. Qué pereza.

La edad, en cambio, no es un factor. Borja tiene veinte años más que yo. Los ha contado él. Exactos. Los dos cumplimos en verano.

Terminamos de cenar y Borja me llevó a casa. Se empeñó, además, en acompañarme al portal, “que soy un caballero”, y luego al ascensor, y luego a casa. A todo esto yo vivo sola. Podía haberle dicho que subiera, pero a veces es un no, clarito y seguro.

Borja intentó en el portal todo lo que había prometido no intentar en el reservado. Me sujetó la puerta y se coló conmigo. Le dieron igual las cámaras de seguridad. Me empujó contra una pared y me metió la mano por debajo de la camiseta, la mano izquierda. O sea, esa mano buscando tocar pecho, apartando el sujetador, en esa posición tan incómoda en que te asalta la vergüenza porque la teta se te sale por debajo, y sabes que está fea, y el elástico te aprieta y te hace daño. Pero era más fuerte su mano derecha, tapándome un oído y besándome muy fuerte.

No olía a la copa que se había bebido, sabía bien, pero yo no quería. Y pensaba que si se desobedecía a sí mismo igual era por eso, por las copas, y

que entonces no estaría a la altura, pero sí. Tenía en el pantalón, contra mi cadera, un bulto durísimo.

“Que no, Borja”, le dije.

“Joder, que así no”.

Y me fui corriendo como una virgen adolescente. No por virgen, no por adolescente, sino por la sorpresa. A mí no me gusta que me violen en el portal, me gusta follar y hacer el amor, las dos cosas, que son distintas.

Yo no le llamé y él me dejó respirar.

Tardamos, de hecho, un par de meses. Y le llamé yo. Mi jefa estaba nerviosa y me ponía nerviosa a mí. No soy más guapa que ella, no soy más lista, pero sí soy más libre: no quiero más, quiero sólo vivir en paz. Mi jefa me estaba volviendo loca y yo soñaba con la libertad.

Lo malo es que no había manera de exigirle a Borja el mecenazgo prometido sin que sonara a insinuación.

“Hola, Borja. Oye... ¿la propuesta del libro erótico iba en serio?”.

No hay manera.

Hasta por teléfono noté su sonrisa maligna y directa, su “lo sabía”.

Vino a casa esa noche, para hablarlo. Le serví un *gintonic*, lo senté en el salón. Fue él el que se acercó. “Estoy mayor y un poco sordo, Andrea. Déjame que me sienta a tu lado. Para escucharte mejor”.

El lobo feroz.

Yo le proponía alternativas, líneas argumentales, personajes... Él me miraba, cerraba luego los ojos y parecía concentrado.

En otra cosa.

“Me gusta tu casa, Andrea. Tu casa eres tú. Yo creo que eres la persona adecuada. ¿Vas a firmarlo o prefieres un seudónimo? Da igual, porque todo el mundo va a saber quién lo ha escrito. Tienes un estilo tan personal como tu olor. Hueles a sexo antes del sexo”.

—Bah. Borja, vamos a hablar en serio.

—Estoy hablando en serio.

Estaba hablando en serio. Y actuando en serio.

Tan en serio que extendió una mano y me la metió por dentro de los pantalones, y me encontró el sexo.

—No estás húmeda, Andrea. ¿No te gusto?

—No.

—Te voy a gustar.

Y, sin pedir permiso, acostumbrado a conseguir siempre lo que quiere, dejó de tantear y se tiró de lleno. Primero un dedo, el corazón, dentro, hasta el fondo, buscando humedad, empujándola al exterior. Luego dos. Luego tres. Sin levantar los ojos de mi cadera, del bulto que formaba yo retorciéndome con su mano dentro.

Yo le miraba, impresionada por su seguridad y por su desfachatez. Pero no hay quien niegue la excitación de una mujer. Ya estaba empapada cuando él se dignó a mirarme, sonriendo de lado, irónico y sobrado, insoportable y controlador.

—Quiero que te relajes, Andrea, y que confíes en mí.

—Y que me corra.

—No hables así, Andrea, que esto no es sexo, es amor.

—Es sexo.

—Es amor. Llevo veinte años queriéndote.

—Menos.

—Andrea, yo puedo hablar tranquilo mientras te pongo nerviosa con la mano, pero creo que es mejor que te relajes. ¿Puedes?

—No quiero.

—Entonces déjame ponerte aún más nerviosa.

Esa promesa sí que la cumplió. Empezó a mover los dedos más rápido, más hondo, mejor. Y cuando vio que yo ya no me resistía, los dejó dentro y con la otra mano me desabrochó el cinturón de los vaqueros, me bajó la cremallera, y me apartó las bragas y los pantalones en un mismo movimiento.

Y se detuvo: viéndose, viendo sus dedos dentro de mí, viendo la humedad que sacaban, relamiéndose.

—Algo estamos sacando de todo esto, Andrea. Me gusta.

Ya ni le contesté. Entonces sacó un momento la mano, se chupó la punta de los dedos, me los acercó a la boca y me miró, retándome.

—¿Quieres que siga, Andrea? Yo quiero seguir, pero no quiero hacer nada que tú no quieras...

—Yo no quería esto.

—No te has resistido.

—No.

—Pues voy a seguir decidiendo yo.

Y me bajó los vaqueros hasta el borde de los muslos, bruscamente, y se puso de rodillas en una actitud nada complaciente, y empezó a lamerme alrededor del clítoris, con los dedos aún dentro. Y yo pensaba, con prejuicios, que dónde y con quién habría aprendido a hacer todo eso, que cómo demonios tenía agilidad a su edad para agacharse, inclinarse, meterse, moverse... Pero no pensé mucho. Al poco tiempo me volvió a hundir los tres dedos centrales y a presionarme con el pulgar, y me corrí, intentando hacerlo en silencio, me corrí, me corrí, me corrí.

Y me quedé en blanco.

Con los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás, el corazón *taquicárdico*.

Sabía que Borja me miraba. Me acariciaba la mejilla, además, esperándome. Tardé tiempo en abrir los ojos porque sabía lo que tenía delante: su sonrisa satisfecha. Su “ya lo sabía yo”.

—Hoy te dejo aquí, Andrea. No te voy a pedir nada. Quería relajarte y estás relajada.

—Suenas soberbio y paternalista.

—Y tú suenas jadeante.

—Estoy jadeante.

—Yo soy soberbio, pero no paternalista. No quiero ser tu padre, Andrea. Quiero hacerte el amor.

Dio un sorbo teatral a su *gintonic*, mirando alrededor, aprehendiendo, aprendiéndose mis espacios, mi vulnerabilidad, y mi vida.

—Te dejo, ¿vale? Cuenta conmigo porque yo cuento contigo.

—Eres un hijo de puta.

—Y tú eres muy guapa cuando te corres.

Y se fue.

En el sexo, como en la vida, todo se resumen en el control. Quién tiene el control, la llave, el poder. Es como “El clic”. Y en las relaciones con casados, el control siempre es del que no puede quedar, del que impone la agenda y las normas sin ni siquiera tener que decirlas.

“Ni en mi casa, ni los fines de semana, ni nada. Cuando yo quiera es cuando yo pueda. Y ya”.

Y el lado que no controla se intenta liberar y a veces dice que no cuando hay una oportunidad de sí, y lo repite, y da igual. Vuelve. Volvemos. Vuelvo siempre.

La primera vez que me quiso penetrar, no teníamos condones.

“No los he usado nunca, Andrea. No jodas”.

—¿Qué me quieres decir?

—Que me salgo.

—Como si tuviéramos quince años.

—Como si tuviera los casi sesenta que tengo. Me salgo y me salgo bien.

—¿Y tu salud?

—Si me paso el día trabajando...

—Ya.

No le dejé. Claro que para decir que no tuve que compensarle. Y le hice pagar la compensación.

—Borja, no hemos cerrado los porcentajes, ni mi sueldo mientras escribo.

—Lo que quieras.

—Lo que quiera, no. Pon una cifra.

—Déjame entrar en ti.

—Déjame escribir.

—Dos meses de tu sueldo.

—Cuatro, hasta que ya se publique.

—Dos, Andrea. Déjame entrar, que estás empapada...

Tampoco hay que cerrarlo todo en el primer asalto.

—No quiero un hijo tuyo, Borja. Quiero tus dedos.

Se los agarré, me los coloqué yo dentro, se los retuve y me agaché.

Empecé entonces a lamerle los huevos, pellizcándole un poco con los labios, sin dientes, sin daño, sólo con tensión. O sea, estirándole la piel, soltándola, devolviéndosela... Le pilló desprevenido. Se echó hacia atrás, atónito, se dejó hacer, y hasta se quedó callado.

Callado siempre me ha gustado más Borja. Callado no miente.

Empecé a subir con la lengua por su polla. Mi ex, el último oficial, habría matado con quince años menos por una polla como la de Borja. Grande, gruesa, dura. Sabía a su colonia, y sabía a su chulería, también. Pero estaba bien. Chuparla da poder. Al menos a mí. No hay nada que un tío no esté dispuesto a hacer para que sigas, sigas, sigas y no te pares hasta que él pare. Sabiendo que en cuanto se *corr*, se olvidará de lo que te ha prometido.

Pero es que la de Borja estaba rica. Dura, tensa y grande, apetecía tenerla y llenarse de ella, apetecía notar que se estremecía mientras yo estaba llena de él, mientras lo usaba en realidad, para sentirme en control, y con control.

—Métetela entera, Andrea. Por Dios...

—Déjame hacerlo a mí manera

Me la metí, claro. También da poder conceder un deseo. Casi tanto como desearlo con él. Yo quería tenerlo entero, quería comérsela como nadie, quería que no se olvidara, quería no olvidarme yo.

Y gané.

Lo fuimos haciendo más rápido, marcando yo el ritmo, ahora me cabe más, ahora me acelero, ahora te freno, ahora te devuelvo. Más fuerte, más dentro, más grande. Todo era más y más. Más, más, más. Yo le movía su mano dentro de mi coño, yo le movía su polla dentro de mi boca. Yo lo manejaba, yo nos corrí a la vez.

Yo.

El “yo” importa en el sexo. No hay nosotros sin un “yo”. Porque el “yo” lo necesitas para dar y también para recibir. Para sentir y que el otro sienta.

Yo.

Él.

Yo triunfal.

Él desmayado.

Tardó dos horas en enviarme una respuesta. Un mensaje en el que se le

notaba sincero.

“La primera vez que me hacen algo así. Así de bien. Así de entero. No lo olvidaré”.

Así fue como le grabé un sueño en la memoria.

Más poder para mí: ya sé, siempre, cuál es tu mayor deseo.

Nos vimos algunas veces más. Se la volví a chupar, me volví a correr, volvimos a follar. Él siempre se iba, yo siempre me quedaba. No concretábamos nada y aquello se estaba alargando.

—Te voy a llevar de viaje un fin de semana y lo hablamos todo. Déjame que me organice en casa y en el trabajo.

Nunca hubo viaje. Ni libro, ni excedencia, ni nada.

“Si no me consigues el dinero que me financie la excedencia, escribo el libro en horas libres, lo *autopublico* sola, me gano yo mi libertad”.

—Quiero hacerlo, Andrea.

—Ya...

—Quiero.

—Pues hazlo.

—Sí.

Porque el poder se reparte. Yo tenía el poder de desarmarlo, él el de no verme. Sólo mensajes, que estaba muy liado, que no tenía tiempo, y yo sin suplicar.

—Vale.

—Lo que tú digas.

—OK.

Ésas eran mis respuestas tipo. Desinterés, cansancio, pereza de tanta agenda de culebrón: hombre casado se folla a mujer más joven.

—Sería más fácil si no lo llamaras amor, si lo llamaras sexo.

—Vete a la mierda.

—Borja, que tú no me quieres, sólo me deseas. Y, además, en plan salvaje, bruto, sucio.

—Vete a la mierda.

—Es la verdad.

—La verdad es que no te volveré a tocar.

—Seguro.

—Ya lo verás. No te voy a tocar justo para demostrarte que te quiero.

Dejamos de vernos por eso. Porque él decía que me quería y yo quería mi libro. Porque ninguno de los dos estábamos dispuestos, simplemente, a follar. O, bueno, yo sí, pero sin amor, sin promesas, sin mentiras.

Nos encontramos en el programa de una mesa redonda. Llevábamos un par de semanas sin hablar. Él no me iba a tocar para demostrarme que me quería. Y, como no me iba a tocar, no me llamaba. Y, como no me llamaba, yo no le mandaba mensajes.

Borja era el moderador.

A mí me llaman mucho para estas cosas y voy muy poco. “El proceso de creación”. Tengo poco que decir: no hay proceso, hay creación.

Bueno, no.

Hay vida. La vida es creación.

Pero aquel día llegué antes. Por curiosidad y por morbo. Sabía que Borja ya habría llegado, que estaríamos quince minutos solos. Estaba. Alto, serio, frío.

Me dejó besar el aire cercano a sus mejillas, y yo sonreí. Me gustó que quisiera ser buen actor, meterse en el papel, fingir la nada. Pero teníamos poco tiempo. Media hora, como mucho. Y lo sabíamos los dos.

El sexo es un sueño. O una pesadilla.

O un juego.

Borja juega mejor que yo. Él es la banca, él siempre gana.

El caso es que aquel día, después de semanas sin hablar y sin tocarme, lo que había en era algo mucho más denso que la tensión sexual. Yo tenía ganas de gritarle que era un mierda, un soberbio, un egoísta, un tipo mezquino. Yo tenía ganas de decirle que no me podía prometer ayuda para luego follarme e irse, dejarse follar e irse. Yo tenía ganas, también, de echarme a llorar y que me abrazara y me dijera que no me iba a pasar nada.

¿Y él?

Él tenía ganas, supongo, deduzco, de pasar a la siguiente pantalla. Una en la que ya ha demostrado su poder y lo sigue ejerciendo.

Es más listo que yo. Y más fuerte. Y sus ganas son más coherentes.

Por eso esperó a que yo eligiera una silla y luego se sentó en la parte más alejada de la sala. A tres metros de distancia. Tres metros insalvables.

Para nosotros no era un escenario nuevo. Quiero decir que hemos usado pocas camas y muchos salones. No sé. Algo con los casados: como no se quedan a dormir, les es más fácil levantarse del suelo o de un sofá que salir de la intimidad de una sábana. Algo, también, de las que nos acostamos con casados: nos es más fácil, luego, dormir en una sábana que no huele a ellos, ni a su semen. Una cama sin pelos ni restos de sexo. La ilusión de que no nos hemos dejado invadir.

Pero nunca habíamos estado tan lejos.

De hecho, nunca nos había pasado esto en los últimos meses: saber que íbamos a vernos y no habernos llamado o *mensajeado*, no habernos calentado con sexo o con bronca, no habernos deseado y haber deseado no desearnos, no habernos dicho nada. Y yo no sabía que esperaba, pero no esperaba esa distancia.

Por eso me la creí, supongo.

Por eso y porque siempre que nos vemos, siempre, lo he tenido pegado.

“Imantado”, dice él, que odia sentirse como un pulpo pero siempre, siempre, me está tocando por dentro. He conocido a hombres cariñosos y a hombres tocones, pero nunca a uno como Borja: Borja no quiere tocar y soñar, Borja quiere tener. Por eso, cuando él se pega no es para acercar distancias, es para poner su mano entre mis tetas y el sujetador, para meterme los dedos en el coño, o para repasarme la raja del culo. Cuando él se acerca a mi cara no es para olerme, sino para llenarme el oído con su lengua o para meterme el pulgar dentro de la boca.

Borja se acerca para coger lo que es suyo. Lo agarra, se lo queda, lo usa y lo desecha.

Aquel día no.

Me estaba soltando un discurso de padre enfadado, mirándome fijamente,

y yo estaba cabreada y dolida, mirando al suelo. No me gusta Borja cuando habla: es suyo todo el sufrimiento, suyo y de un campo semántico que no siente pero que exagera. Dolor, incomprensión, amor, decepción...

“¿Cómo pudiste decirme de verdad que no te quiero? Que no me ocupo. Que no me importa más que tu sexo”.

Borja estaba soltando un discurso tremendo y yo callada, cabizbaja, aburrida y cabreada. Con la actitud ambigua de quien parece arrepentida. ¿Arrepentida de decirle la verdad? No. Arrepentida, quizá, de seguirlo deseando.

"Mírame a los ojos, Andrea, que te estoy hablando, que yo no te meto mano, que yo no quiero acostarme contigo, que yo lo que quiero es cuidarte y cambiarte la vida. que estoy dispuesto a no rozarte nunca más con tal de que no vuelvas a decirme que sólo te quiero por el sexo".

Estaban a punto de llegar los otros dos ponentes, pero Borja ya había dejado de escucharse, sus cinco minutos de discurso, mis cinco minutos de silencio. Remachado el punto, se acabó la rabia. Porque Borja habla tanto que se hipnotiza a sí mismo y, así, creyéndoselo, se incumple y se desobedece; y yo callada, a tres metros, y él muy serio.

“Ven”, y extendió la mano en un gesto que sólo pueden hacer los egoístas: querer tocarte y no levantarse a por ti, querer tocarte y exigirte que te acerques.

“Anda, ven, que no sé qué hacer contigo”.

Fui. Despacio, aún cabizbaja, siempre callada.

Todavía no había llegado cuando me agarró la mano derecha con su izquierda y, como es diestro, me metió la otra por el pantalón, la palma contra mi pubis, los dedos hacia la cremallera, la mejor posición para llevarme con brusquedad hacia su silla.

Me atrapó así, con dos manos y sin mover el cuerpo. Mis piernas pegadas a su rodilla, y él girando la mano, que ya me tenía donde él quería: una en el culo, la otra dentro. O sea, mi coño en sus dedos.

Muy dentro.

Y yo con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Mis brazos tan callados

como yo. Esperando, esperándole. Dejándole hacer y decidir. Dejándole el control que tanto le gusta.

“Venga, dime que pare...”.

Y yo en silencio.

Y sus dedos más dentro.

Nos callamos para que pudiera moverlos, para que pudiera encontrar lo que buscaba, para que pudiera sentir todo el poder que tiene. Pero a él no le gusta tenerlo, le gusta enseñarlo y que se le reconozca.

Por eso sacó los dedos, los olió, los chupó y volvió a tirar de mí. Me sentó encima de él, pero así no se podía mover por dentro, no me podía controlar, y no estaba cómodo. Me levantó, apartó su silla y me empujó contra la pared.

Pausa.

Con su brazo estirado apoyando y sujetándome entre el cuello y el pecho, y su otra mano aún dentro, Borja hizo una pausa y me miró.

La pausa de control.

“Asumamos quien manda, asumamos quien se derrite”, parecía querer decir, pero yo, callada, no le podía dar la razón.

Y entonces vino. Se vino contra mí y se colocó la ingle contra mi cadera,
—Mira lo que has hecho, Andrea.

Y me agarró el culo por detrás y lo empujó hacia delante hasta que se me clava la cadera en su polla durísima.

—Tócala.

Lo dijo así, despacito, como si no lo estuviera pidiendo. Lo estaba ordenando.

Yo seguía callada, lánguida, inerte.

—Tócala, Andrea.

Esa impaciencia paternalista. Esa que implica: “haz lo que te digo, que es por tu bien”.

Callada.

Cogió mi mano y se le llevó encima de su pantalón.

—Tócala.

No lo ordenaba. O sí.

Pero yo cuando estoy callada no obedezco.

Aunque se me escapó el dedo índice, con un criterio propio, impresionado por el tamaño y la dureza, por la potencia de esa erección. Y él lo interpretó como era, y lo aprovechó: otra vez su mano dirigía la mía y ahora me la metía entre su ropa. Y me movió los dedos dentro.

“Seguimos aquí. No nos olvidamos de ti”, decían sus dedos.

Y mi mano le rozó por encima del calzoncillo, y Borja se estremeció pero no le era suficiente. Para nada.

Al revés: se impacientó. Me sacó la mano del pantalón, me la agarró más fuerte, me la dirigió mejor, me la volvió a meter. Por dentro.

Su polla estaba como una piedra, y empezaba a gotear, a gotear ternura en medio del poder del deseo. Y él seguía teniendo sus dedos, tres, dentro de mi coño, y los movía cada vez mejor y cada vez más dentro.

Y yo me rendí, agarrada a su polla, agarrada a sus dedos. Apoyándome en todo lo que él me quisiera meter dentro. Y empecé a gemir sin querer, que quería seguir callada y no podía.

Y entonces llamaron a la puerta. *Toc, toc.* Y al teléfono. Ya estaban aquí los ponentes. Teníamos que salir.

—Mira lo que has hecho, Andrea.

“Míralo”, me dijo otra vez, todavía con sus dedos dentro y con mi mano rodeándole la polla, sin aire, sin separación, sin nada que no fuera deseo.

—Y ahora tenemos que irnos.

Borja me alejó con su mano libre y me sujetó por el hombro, otra vez contra la pared. Mirando alternativamente mi cara y mi coño, mi cara y mi coño. Así movía sus dedos. Rápidos, ágiles, eficaces, expertos.

Los movía y yo le dejaba, y me movía con él, y me corrí, y él los sacó, los olió y sonrió triunfante, besándose la punta de sus propios dedos. Entonces, me sacó mi mano de su pantalón, se metió bien la camisa, movió la mano que había recuperado, la olió otra vez y me dijo:

—Me lo quedo. Me quedo tu olor.'

Salimos de la sala. Dimos dos besos al resto de ponentes. Hablamos algo, les dejamos hablar a ellos. Luego subimos a un escenario. Había público y

todo. Hablamos todos. Yo poco y mal.

Él siempre mirándome. Yo sintiendo que mi mano también olía a su sexo. Me daba vergüenza, quería lavarme, pero no podía. Y a él no, él hablaba todo el rato con sus dedos delante de los labios, poniendo cara de intelectual interesante, y acabamos la ponencia, y él se fue con prisa y sonriente, y me dijo adiós moviendo esa misma mano.

—¿No te quedas un poco?—le pregunté casi suplicante.

—No puedo. Ya hablaremos.

Y se largó. Se largó y yo me quedé encendida, incendiada e histérica. Seguí hablando con alguien que no recuerdo. Y me tomé una copa con otro par que tampoco identifico bien. Y llegué a casa medio mareada, borracha, y sin haber visto en el móvil dos mensajes de él:

'Te huelo'

'Te sigo oliendo'

Y le grité que viniera y Borja, hijo de su madre, me dijo 'No, Andrea, ¿para qué? Si te tengo en la punta de los dedos'

A la mañana siguiente pasé horas concentrada, haciendo un enorme esfuerzo telepático para convencerle de que me viniera a buscar, que reservara un hotel, que me tapara los oídos, y me la metiera por todos lados y que me dejara exhausta y seca, pero él sólo me envió tres mensajes más.

'Se va tu olor'.

'Se está yendo'.

'Ya no te huelo'.

Y ya. Que tenía una comida, y una reunión, y una cena.

A la hora de comer, con lo bien que me habría venido irme a follar con él, me fui a yoga, a intentar entender por qué algunos te echan encima declaraciones de amor y te meten dentro los dedos y luego desaparecen. A intentar entender, también, por qué yo me presto.

No lo entendí.

La prueba es que aquí estoy. Escribiendo para entenderlo. Escribiendo para él.

Después de aquel despliegue masculino y feroz, digno de la mejor

calientapollas que sólo tienen fama en femenino, Borja desapareció calculadamente dos días, tres, cuatro, cinco, seis. Al sexto, resucitó y me mandó el ordenador. Gran detalle. Lo mandó con su conductor. Un paquete precioso de esos que diseñaba Steve Jobs. Con todos los programas instalados y sin ticket regalo, que a Borja no se le devuelve nada, para eso toma ya él lo que quiere.

Un ordenador, una caja, y ya.

Ni una nota. Ni un *whatsapp*. Estrenábamos sistema de comunicación: “yo decido lo que te doy, tú te lo quedas sin rechistar”.

Al día siguiente me avisó mi jefa. “Borja, presidente de..., ya sabes, Borja el jefe general de nuestro jefe particular, ha pedido que estés en una comida. Creo que te van a convocar por mail”.

Sí, claro. Una comida como la de la mesa redonda. Una comida de polla, una comida de la moral.

—¿Y quién más va?

—No lo sé. A mí sólo me informan para que yo te lo comunique.

—Ya...

—Andrea, bonita, no me pongas caras. A mí me gustaría ir, y a ti sólo te invitan porque vas por la vida de escritora y de creativa, y hay gente que respeta más eso que el trabajo intelectual de verdad.

—Vale, perdona.

A veces es un hábito pedir perdón cuando no has hecho nada, pero es peor el hábito de los broncas: “las broncas”, dice siempre Borja, “son para los que las merecen y para los fuertes que pueden aguantarlas”.

En el caso de mi jefa quiero pensar que se cree que soy fuerte.

Da igual.

Fui al restaurante , la versión rica y hortera de mi japonés favorito, esperando encontrar un gran grupo de adoradores babeando frente a un Borja doctrinario. Pero no. Borja estaba solo en la parte más alta del local, vigilando y sabiéndose vigilado, relamiéndose, chulito, odioso.

—¿Y esto qué es?

—Una encerrona, Andrea, que parece mentira que me hagas recurrir a esto.

—¿Qué dices?

—Que llevas una semana sin llamarme.

—Es cierto, perdona, que me has llamado tú mil veces y se me ha pasado contestarte.

—Andrea, no seas sarcástica, que no te queda bien.

—Y tú no me vaciles, que a mi jefa no le gusta demasiado ser tu secretaria.

—Vale, Andrea, no te pongas pesada, que estás muy guapa. Déjame verte...

Y, tranquilamente, se agachó para contemplar mis piernas, la primera vez que las veía con falda desde que me conocía por dentro.

—Muy guapa. ¿Por qué llevas medias tan tupidas, Andrea?

—Porque tengo la regla y no quiero transparencias.

—Ummm...

—Borja...

—¿Qué?

—¿Qué quieres?

—Metértela sin condón.

—Que no, que qué quieres, que por qué me has traído aquí.

—Para verte, Andrea. Para estar contigo.

—No digas ‘Andrea’ en cada frase, anda, que pareces uno de esos aprendices de [PNL](#) que se creen que, de verdad, así el interlocutor se siente comprendido.

—Vale, mi vida.

—No digas “mi vida”.

—De acuerdo, mi amor.

—Borja, joder.

Me lanzó la carta por encima de la mesa. “Pide tú, que a mí no me gusta la comida japonesa y, además, sólo quiero comerte el coño”.

En algún momento, mientras recitaba *nigiris*, *makis*, sushis con y sin pijadas, y ganaba tiempo para, como siempre, decirle al camarero que trajera lo mejor, decidí no seguirle el juego.

Me gusta más Borja cuando es guarro que cuando pretende ser un

caballero. No porque me gusten los macarras, sino porque me entiendo mejor con los tíos sinceros.

A Borja le pongo, mucho; pero no me quiere, nada.

Y yo calculaba si quería volver a la casilla de salida. Después de seis días de desintoxicación, sabiendo ya que él nunca iba cumplir sus promesas, ni siquiera a recordarlas, ¿quería volver a empezar, humedecerme, desearle, hacerle hueco...?

Vino el camarero y, casi de un salto, Borja cruzó la mesa y se sentó a mi lado guiñándole un ojo: “Aquí vienen todos mis enemigos, y lo que esta señorita y yo tenemos que decidir es confidencial, ¿verdad, Andrea?”.

Un camarero cómplice en el bote y, de repente, sin la cara de Borja delante descubrí dos mesas más allá a un hombre serio que me mira fijamente. Me sonreía, me miraba, se relamía.

—Borja, ¿soy una paranoica o tú le has contado a alguien lo que me hiciste el otro día?

Borja es buen psicólogo. Entiende rápido a los demás. Nada humano le es ajeno, supongo que porque tiene todos los defectos. Miró al mirón y negó con la cabeza.

“No, mi vida, es sólo que eres guapa y que estás irresistible. Ese tío te desea. Como yo. Como el camarero. Como todos tus lectores. ¿Te ha metido alguien más los dedos desde la última vez?”.

—Borja, por favor...

—Ah, no, que tienes la regla. Menos mal. Me habría puesto celoso.

—Borja, para. En serio.

—Paro.

—¿Qué quieres de mí? Porque lo de financiarme la excedencia está claro que no lo vas a hacer.

—Sí, mi vida. Lo que tú quieras.

—Borja, me exasperas.

—Y tú a mí me pones como loco.

—Para.

—Toca.

—Que no, Borja.

—Vale, te toco yo.

Y volvió a la carga con los dedos entre mi jersey y mi falda, como si me abrazara cariñoso, como si me empapara con cloroformo.

Aproveché la interrupción del camarero para despertarme, levantarme de un salto y huir. Al baño. Pasé, además, por delante de la mesa del mirón. Y... odio eso: que un tío que se ha pasado tres pueblos mirándote desde lejos, baje la cabeza, tímido y apocado, cuando te acercas.

“Capullo”, le grité por dentro, “levántate y sígueme. Dime que eres el hombre de mi vida y demuéstramelo en el baño. Ten un par de huevos. Venga, venga, venga... No ves que me está hipnotizando un hombre que hace conmigo lo que quiere y lo que quiere no es nada, mucho menos que el sexo. Ven, ven, ven...”.

Pero el mirón no vino y, cuando salí, me encontré a Borja en la puerta del baño de mujeres.

—¿Qué haces?

—No podía estar sin ti.

—Borja, déjame.

Borja es rico y perverso.

—Te dejo. Te dejo para luego.

Me fui hasta la mesa, le esperé, comimos sushi, y *nigiris*, y peces que se nos disolvían como polvo dentro de la boca. Disfruté y no bebí más que agua, y un té. Y no pensé.

—Tengo que volver al baño.

—¿Por qué?

—Ay, Borja...

—¿Por qué?

—A hacer pis y a cambiarme el *tampax*, ya que insistes.

—Vale.

—Ahora vuelvo.

Otra vez el mirón bajó la cabeza, otra vez Borja me escuchó lo que yo no había dicho. Me lo encontré en la puerta del baño de señoras. Un cuarto amplio y limpiísimo con dos reservados.

—No salgas, Andrea.

—Borja...

—No vamos a tardar, mi vida.

—Borja...

—Me tienes que dejar. Por una vez que te veo con la regla y...

—Borja...

—Cállate, Andrea, cállate, que hoy no te voy a chupar, pero sí te la voy a meter entera, y me voy a correr dentro de ti, y me voy a correr contigo.

—(...)

—Cállate.

Me cogió en brazos, rápido y fuerte, nos metió el bulto enlazado que éramos en una de las dos puertas, me bajó las medias y las bragas, y tiró del cordón del *tampax*. Y yo mirándole, atónita, y él sosteniéndome de pie, con una mano sujetando mis dos brazos en alto, mientras su otra mano se desabrochaba los pantalones y sacaba una polla enorme, que se movía hacia mí, como imantada.

“Mierda”, llegué a pensar, “‘imantada’ es justo la palabra que él usa. Estoy cayendo en su juego”.

Pero estaba cayendo en otro lugar. Borja me sujetaba en la punta de su polla, tal cual, con solo la fuerza del pene, enhiesto.

“‘Enhiesto’ es otra palabra que pensé que jamás usaría”, me dije también.

Y Borja me dio otro empujón y sentí sus huevos en mi clítoris y la punta de su polla en mi espalda, me estaba ensartando, literalmente, y yo me sujetaba sólo con él y por él.

“Mierda”, pensé otra vez. “En un baño no. Borja, ¿es que nunca vamos a hacer el amor tumbados, abrazados, como si nos quisiéramos?”.

Eso lo debí decir en alto, porque Borja contestó.

—Hoy, desde luego, no.

Empujón.

—Hoy...

(empujón)

—...te estoy follando...

(empujón)

—...en un puto cuarto de baño...

(empujón)

—...y, Andrea...

(empujón)

—...te está gustando...

Borja se corrió a la vez que yo, y yo me desmayé sobre él, avergonzada y satisfecha, alucinando por la experiencia, por el orgasmo, por su sinceridad, por su destreza...

Se recompuso rápido y me levantó la cara cogiéndome la barbilla entre los dedos.

“Andrea, yo te quiero”.

Y se subió la cremallera, y salió, perfectamente recompuesto.

Cinco minutos más tarde salí yo y me lo encontré charlando con el mirón, sonriente y tranquilo.

“Mira, Andrea, te presento a mi cuñado. Le estaba contando que eres escritora y que sólo hay una cosa mejor que follar contigo...”

—...que los demás crean que lo hago, que la escritoras la chupáis con todas las letras.

Su cuñado, si lo era, bajó la cabeza, yo cogí mi bolso y me fui, y Borja me alcanzó a grandes y lentos pasos.

—Mi vida...

—Vete a la mierda.

La humillación ya no es lo que era.

Yo ya sabía que el poder no es del que da, sino del que niega.

El poder es del que dice que no. Del que no llama, el que no contesta, el que no puede quedar.

No.

Hoy no.

Ahora no.

El poder es, del que niega y, negándose, se niega.

Algo que no está mucho en mi naturaleza.

Pero yo necesitaba dignidad.

Y paz.
Y amor.

Estuve dos meses sin cogerle el teléfono.
A veces me acosté con otro.
En general no me acosté con nadie.

Quedamos. Quedamos. Quedamos. Quedamos. Quedamos. Quedamos.
Quedamos. Quedamos. Quedamos. Quedamos. Quedamos. Quedamos.

Estuve *cincuenta y siete* días sin contestarle los mensajes. Y él enviando el mismo cada mañana y cada tarde. Una propuesta enviada mil veces no se convierte en verdad.

Borja quería control, yo quería respeto. Y tenía miedo: no me gustaba que me controlaran por dentro.

Borja se presentó en mi casa un viernes por la mañana. Yo salía como siempre, con el pelo mojado y una mezcla de pereza y prisa. Casi no lo vi, pero me choqué contra él.

Me estaba esperando en la puerta de mi coche sucio, sin apoyarse en la puerta, protegiendo su traje. Estaba guapo después de dos meses sin verle.

Elegante, serio, más delgado.

Sonriente.

—Hola, Andrea. Cuánto tiempo...

Y yo muda, claro.

—Toma—dijo, y me tendió un sobre.

—(...)

—No lo abras, que te veo nerviosa.

—(...)

—Es un billete de tren.

—(...)

—Para esta tarde. Espero que te vengas conmigo.

—(...)

—Es una cosa de trabajo mañana por la mañana. Dos horitas y ya.

—(...)

—Un gran hotel en la playa.

—(...)

—Y dormir juntos, Andrea.

—(...)

—Tengo que irme.

Se fue dándome un único beso en la mejilla, como hacía siempre que su conductor estaba cerca. Mientras él caminaba despacio hacia su coche, se subía y arrancaba, yo seguía sin encontrar la llave.

Lo conseguí y me quedé temblando.

Había soñado con eso mucho tiempo. Un fin de semana con Borja, sin tiempo, sin que se vistiera corriendo y desapareciera de mi vida para aparecer en mi móvil.

¿Y...?

Llevábamos dos meses sin vernos, sin hablarnos, sin tocarnos.

Llevaba dos meses negándole y así es como había conseguido tenerlo. Tenerlo justo allí.

¿Y...?

Y nada. Era una disyuntiva clara: ¿dormir con él o dominarlo?

No fui a la estación.

Le avisé de que no me esperara y no fui. Tampoco le di explicaciones, pero sí me las di a mí: que estaba en paz sin él y que sus formas —muy emocionantes y muy peliculeras, cierto—demostraban una enorme falta de respeto: ¿qué pensaba él? ¿Que podía imponerse en mi agenda sin avisar?

Sí, claro.

Podía.

Yo ya no pensaba en otra cosa.

Mi orgullo satisfecho, mi cuerpo añorante.

Soy una mujer contradictoria.

Soy una mujer.

Soy.

Como puedo ser.

Y me gustan las contradicciones, pero no con Borja. El mismo lunes le mandé un mensaje, sabiendo que era un error, sabiendo que volvería a pasarme el día vigilando el móvil y su respuesta. O su no respuesta.

Y eso que lo truqué, que le mandé una frase con pregunta, de las que yo siempre contesto por pura educación.

“¿Lo pasaste bien? ¿Sabes que al final sí que estoy escribiendo?”.

No contestó; yo tampoco lo habría hecho.

Tres semanas después nos encontramos en la cama.

Habíamos estado tres meses y catorce días sin tocarnos.

“Lo necesito, Andrea. Por favor, no me vengas con juegos”.

No me había llamado desde el viaje, pero yo sabía bien lo que le había pasado. Había salido en todos los periódicos y no lo puedo contar aquí.

Cuando lo leí pensé en llamarle, pero luego decidí que no. Él tenía una familia, una casa y un consuelo.

Pero no tuve valor para decirle que no cuando fue él quien llamó.

Llegó a casa nervioso, sin poder estarse quieto. Caminaba de un lado para otro y apenas me había dado un beso. Yo nunca lo había visto así. Fue a la cocina, abrió todos los armarios y no encontró los vasos. Un paso por detrás

de él, sin interrumpir su charla incesante y banal (“qué tal, cómo estás, cómo va todo, y bien entonces, me alegro...”), le fui sacando un vaso, ginebra, hielo, tónica y limón.

Se hizo él el *gintonic*, se quitó la chaqueta y encontró el salón.

—Siéntate a mi lado, Andrea. Sólo quiero estar contigo. Eres la única persona en el mundo que me da luz.

Y echó la cabeza para atrás, se reclinó en el sofá y me arrastró a su pecho. Estuvimos así, acurrucados, mucho rato. Yo esperando, los dos en silencio.

Era raro que Borja se callara, experto, como es, en esconderse detrás de las palabras, pero no dijo nada. Ni siquiera cuando se levantó, me cogió de la mano y tiró de mí hasta mi habitación.

Ni cuando se sentó en la cama y me sentó sobre él.

Me cogió la cara entre las manos, y me dio un beso en cada ojo suave, ligero, pidiéndome que los cerrara, que no viera, que no recordara; avisándome de que no era él el que estaba, o, al revés, que era más él que nunca y por eso no quería que yo lo mirara.

Borja me quitó el jersey sin dejar que me levantara de sus piernas. Despacio. Sin hacer ruido. Luego el sujetador. Y luego, nada. Un abrazo intenso, fuerte, conmigo desnuda y él aún sin palabras.

Me apartó un poco, me miró y me sonrió con la sonrisa más triste del mundo, una sonrisa llena de ternura. Se desabrochó la camisa y me levantó en brazos para dejarme sobre la cama mientras él se desnudaba.

Ese día Borja y yo hicimos el amor. O me lo hizo él, mejor dicho, porque a mí no me dejó decir ni hacer nada. Borja, sin hablar, me pidió que lo recibiera y se perdió en mí.

Suena raro, fue raro.

Fue, también, maravillosamente excepcional.

Borja me tumbó boca arriba, mirándole mientras me retiraba los pantalones y las bragas, y me empezó a besar por el final. Por los dedos de los pies. Cada dedo, cada uña, besos de mariposa, el aleteo de su lengua, la yema de sus dedos.

Terminó con los pies y se tumbó a mi lado, apoyado en el codo, mirándome sin verme, o viéndome, pero muy lejos. Y me empezó a dibujar,

por líneas que él iba uniendo, entre el pecho y el ombligo, de la cadera a la axila, de la oreja al mentón, de la frente a la punta de la nariz, de la ingle a la ingle, del principio al final.

Yo no quería follar, quería abrazarle, chuparle el dolor, hacerle hablar, odiarle otra vez... Quería curarle. Así que me tumbé frente a él y le obligué a tocarme entera, echado sobre mí, aplastándome, haciéndome daño, y luego le atrapé: enrosqué mis piernas alrededor de su espalda y lo atraje hacia mí.

Y sí.

Borja estaba vivo.

Su polla durísima encontró mi coño, y se metió sin más, sin chuparme como otras veces, sin tocarme como siempre. Entró en casa y se hizo enorme, pero yo quería más.

Más de mí, menos de Borja. Darle más, exigirle menos.

Y le hice girarse, con esos gestos que sólo se entienden en el sexo, perfectos. Él tumbado, descansando, y yo sentada sobre su polla, sobre él.

Dicen los manuales y los lugares comunes que esa postura es la que da más placer a la mujer. Lo dicen y usan el verbo “cabalgar”. Yo creo que no es verdad. O que no es mi verdad.

Para mí esa postura, es la que más da, en general. Yo controlaba, dirigía, hacía, garantizando que Borja estuviera concentrado en disfrutar. Y, al mismo tiempo, tener a Borja dentro, hacerle llegar hasta lo más profundo, de la vagina hasta la espalda, dejarle atravesarme mientras me miraba y me veía retorcerme, y sudar, y sufrir, y correrme era... Era y es dejarle que me viera sin filtros, entera.

Estuvimos mucho rato así, navegando. Su polla dentro, mi coño abrazándole. Estuvimos haciéndolo con toda la ternura y la entrega que nos negábamos en nuestros mensajes sarcásticos. Estuvimos dándonos tanto que habríamos necesitado otro campo semántico: no era mi sexo, sino mi alma, y era suya.

Borja llegó donde nadie había llegado, y yo con él, y él conmigo. Y, cuando ya se iba a correr, le dije sólo dos palabras, las únicas que nos dijimos en la cama: “Hazlo dentro”.

Y cuando Borja se corrió, yo me corrí con él, con la cabeza para atrás, y

mis manos en las tuyas, para que no me dejara irme, ni desmayarme, ni desaparecer.

Gritamos los dos, gritamos fuerte, y yo me caí a su lado, y él...

Él se puso a llorar. En silencio, pero a gritos.

A Borja se le caían unos lagrimones enormes, gordos y redondos, como los de un niño cuando pierde su equipo de fútbol. No me daba casi tiempo a borrarlos con el dedo, y Borja seguía llorando, derritiéndose por dentro, o derritiendo algo que le tenía congelado, o...

Yo sé bien qué decir después de follar, un sarcasmo, o nada; pero no estaba acostumbrada al lenguaje del amor. Fue él quien tuvo que hablar...

—Perdóname, Andrea...

—(...)

—Perdóname...

—(...)

—Es que...

—(...)

—Te quiero.

Joder.

Esto no es una novela romántica.

Por eso no contesté, no podía contestar, pero sí valorar alternativas. Lloraba por lo que le había pasado. No me quería a mí, pero se había emocionado haciendo el amor. Confundía ternura y amor. Me quería. No me quería. Era todo. Era el momento y no era nada.

Tampoco me dio tiempo.

Lo debería investigar, quizá hay un proceso científico ya muy bien demostrado: eyaculación, debilidad, recuperación.

O eso, o que Borja se asustó de lo que había sentido y de lo que había dicho.

El caso es que dijo “Te quiero”, y enseguida dejó de llorar, y se levantó de la cama, se lavó, se vistió, se fue. El caso es que dijo “Te quiero” y a los cinco minutos no estaba. El caso es que dijo “Te quiero” y yo me di cuenta de que también le quería a él y de que le tenía que dejar de querer.

El caso es que dijo “Te quiero” y, a la semana, me mandó un mensaje con una llave de hotel. Venía con una nota: “Para escribir tienes que vivir y hay cosas que quiero vivir contigo. Te quiero”.

Borja ha reservado esta suite durante un mes. Es un hotel al lado de mi casa. Yo entro, digo buenos días, o no digo nada, y escribo. Es verano y escribo sin ropa. Sobre la cama. Con los pies en un almohadón gigante, que hay mil, y el ordenador sobre otro, y me quedan 998 almohadones, que tiro al suelo a medida que crecen mi frustración y mi cabreo.

Hoy va a venir a mediodía. Ayer vino a desayunar. Nunca se ha quedado a dormir. Aunque me dijo el otro día, muy serio: “Lo necesito. Necesito dormir contigo. Acostarme a tu lado, despertarme y que estés”.

La verdad es que a veces viene, y a veces no. Que yo estoy aquí, desnuda, con mi *MacAir*.

Y tampoco escribo.

No escribo porque todo esto ya lo tenía escrito. Pero me gusta sentir que me desea, que me quiere aquí, aún sabiendo que es mentira, que me quiere solo cuando no me tiene, y que mañana, pasado, quizá esta misma tarde, cogeré el ordenador y me iré dejando detrás mil almohadones y mil polvos, y una vez que hicimos el amor.

No sé si el saldo es positivo.

Sumo un *MacAir*, un relato erótico y un puñado de orgasmos.

Resto todas las mentiras, las palabras huecas, las ausencias.

El saldo son cicatrices.

El saldo duele.

Borja no ha vuelto a llorar.

Ahora que sabe que me tiene, ahora que me vio de verdad, está tranquilo. Dice que sólo le falta una cosa. “Quiero penetrar tus sueños, y ser su dueño. Quiero que sólo sueñes conmigo. Y que sólo escribas para mí. Lo quiero todo contigo”.

Lo quiere todo.

Ya no da nada.

Quizá me vaya hoy, quizá me siga engañando. Con quedarme, con irme.
Todo es media mentira, todo es media verdad.

Yo sólo espero que venga otro tío, que me quiera querer y me sepa tocar, que me haga olvidarlo. Yo sólo espero saber esconderme la próxima vez que un hombre me proponga salvarme, que no, mi vida, quita, que ya me salvo yo. Yo sólo espero salir de este hotel y que en mi casa no haga mucho calor. Yo sólo espero no volver. Yo sólo espero dejar de esperar. Y conservar la piel. Y un trozo de corazón. Y regenerarlo. Y regenerarme.

Esto ya no es un relato erótico.

Es mi vida.

Es mi piel.

Son mis heridas.